

¿Quién es Leo Margets?

Hace diez años, tuve la suerte de conocer a una chica morena y bajita en una playa de Almería. Éramos prácticamente unos niños y ninguno de los dos sabía una palabra de poker, las únicas cosas que compartimos fueron amigos, playa, algunas copas y muchas risas. Ahora la recuerdo como una chica de mirada despierta, muy divertida, tremendamente espontánea, sexy y con un musical y sofisticado acento catalán con el que nos deleitaba cada vez que hablaba, es decir, muy a menudo. Coincidimos dos veranos y luego le perdí la pista. Quizá se me escapó algún detalle, pero nada me hizo imaginar entonces que diez años después aquella chica se convertiría en la jugadora de poker más conocida de España. Pero, curiosamente, al contrario que sucede con tantas otras personas con las que coincidí hace diez años, de esa morena y bajita no me olvidé. Ni yo, ni ningún amigo mío.

El verano de 2009, yo no me había movido del sitio: seguía en la misma playa, con la misma gente y, posiblemente, en el mismo lugar en el que conocí a Leo Margets. Ella, sin embargo, había dado mil vueltas y había acabado en mis manos, en forma de portada de un conocido dominical. Algo había oído de ella, sabía que se dedicaba al poker y que no se le daba nada mal, pero no tenía ni

idea de la proeza que apenas un mes antes había conseguido: ser The Last Woman Standing, la última mujer en pie en el Main Event de las World Series of Poker (WSOP), el campeonato de poker más importante del mundo. Pero no sólo eso: quedó la veintisiete de 6.496 jugadores, el mejor resultado que nunca ha conseguido una mujer del mundo ni ningún español desde que el torneo tiene esas dimensiones y características. Como tantos otros, todavía no he salido de mi asombro. Cuando te enteras de que alguien cercano pasa del anonimato a cumplir su sueño, el sueño de muchos, quizá tu propio sueño, inevitablemente te paras a reflexionar. Una mezcla de admiración y envidia te asalta mientras piensas si has estado perdiendo el tiempo. Ya sabía la respuesta a esa pregunta incluso antes de ver aquella portada: sí, llevaba años perdiendo el tiempo, dando vueltas sin moverme del sitio. Y me acordé de Leo: «Esa chica era lista...» Sí, esa chica era muy lista, pero además era luchadora, inteligente y, aunque parecía despistada, cazaba al vuelo todo detalle que le importaba. No daba puntada sin hilo. Ahora parece que Leo siempre ha llevado la palabra «éxito» escrita en la frente y, sinceramente, creo que siempre la ha llevado.

Yo jugaba al poker desde hacía tiempo. Jugaba online con bastante frecuencia y perdía el poco dinero que me podía permitir perder. Perdía lo justo para todavía poder invitar a mi novia al cine. Perdía dinero, pero conservaba a mi novia: salían las cuentas. Entre partida y partida sacaba tiempo para escribir, afición aún menos rentable. Entonces tuve mi momento de lucidez, todo encajaba: me gustaba escribir, jugar al poker y conocía a Leo Margets (llevábamos cerca de diez años sin hablar, pero, para un madrileño, eso es una sólida amistad). Tenía que escribir un libro sobre ella, estaba claro. Tardé un mes en decidirme a coger el teléfono y marcar su número, pero mereció la pena. Leo seguía teniendo la misma voz y, sobre todo, seguía siendo igual de simpática.

—Leo, quiero escribir un libro contigo. Resulta que yo...

—Vale.

No parecía que se le hubiese subido el éxito a la cabeza.

—De verdad, Leo, gracias. Me hace mucha ilusión.

—¿Gracias? ¿Por qué?

Diez años después, su espontaneidad sigue sorprendiéndome.

A la semana siguiente le mandé un correo electrónico, por si había olvidado eso de que íbamos a escribir un libro y que teníamos que quedar cuando viniese a Madrid.

«¡I'm all in con el proyecto!» ¿Acaso cabía esperar otro tipo de respuesta afirmativa de Leo Margets?

Poco tiempo después la esperaba en el restaurante del hotel donde se hospedaba en Madrid. Por fin llegó: camiseta roja informal y pantalones elásticos negros. Yo iba con mis mejores galas.

—¿Qué tal, Leo! ¡Sigues igual!

Llevaba días viendo videos suyos en Youtube, pero realmente Leo ha cambiado muy poco en los últimos diez años. Ella no dijo lo mismo de mí, sólo:

—*Hey!*

Siempre dice «¡Hey!», aunque en aquel momento pensé que quizá ni se acordaba de mi nombre. Después de las preguntas de rigor, eché un vistazo a la carta del restaurante con cierto malestar.

—Qué complicado, no hay mucho que elegir.

—¡Así es más fácil!

Nuestros puntos de vista quedaron en seguida definidos: dónde yo veo un problema, Leo ve una ventaja.

Decidí comer con vino para soltarme un poco, tanto que le tiré la copa encima, de postre.

—¡Mierda! Leo, lo siento ¡Perdóname!

—¡No pasa nada!

Casi me vuelve a decir «¿Por qué?». A pesar de todo, la cosa fue muy bien: haríamos el libro. Tal era mi dicha que, cuando volví al coche y vi una multa, ni siquiera maldije a nadie.

Nos volvimos a ver el 31 de octubre. Leo estaba en Madrid, y logré que me hiciese un hueco entre partida y partida. Se jugaba un campeonato en el hotel Hesperia, cuyo ganador tendría la oportunidad de acompañar a Leo al próximo torneo en Costa Rica.

—Tengo un rato hasta las tres, ¿te viene bien?

¡Cómo no! Salí corriendo de casa con lo justo para comenzar mi tercer grado. La esperé en el *hall* con ansiedad, hasta que apareció sonriente dentro de un amplio jersey gris con un gran logo de 888.com. Esquivando admiradores, encontramos un sitio tranquilo donde se podía fumar, y le pregunté si estaba cómoda.

—Podría quitarme las botas, pero creo que los calcetines son blancos...

Por fin, pude conocer un poco más a Leo Margets:

Pablo del Palacio: Tengo entendido que te gusta hablar de poker.

Leo Margets: ¿De poker?

Intuye que el libro empieza de esta manera tan absurda y ríe sorprendida. Afortunadamente no será la última vez.

LM: Sí, me gusta mucho hablar de poker...